

Cuando la ficción nace del infierno

Por Antonio Skármeta

El autor de Ardiente paciencia cuenta la dramática realidad que le inspiró Tema de clase, uno de sus relatos para niños, donde narra las estratagemas empleadas por el gobierno de Pinochet para averiguar lo que sucedía en los hogares chilenos

A menudo los escritores se encuentran frente a una terrible pregunta: ¿sucedió así de verdad? Los lectores buscan la verdad detrás de las obras de fantasía. Saben que la literatura es un modo peculiar de dialogar con el mundo y esperan encontrar señales sobre la experiencia compartida de vivir en este mundo, para entenderlo mejor.

Cuando a causa de sus desventuras el escritor ambienta uno de sus relatos en la cornisa de las tensiones históricas y políticas, el crítico y el lector se hacen aún más sospechosos. ¿El artista no estará acaso deformando la realidad por razones ideológicas?

Con mi relato *Tema de clase*, que ahora aparece en Italia, ilustrado por Alfonso Ruano, ocurrió que, desde el día en que lo escribí, los lectores —impresionados por el argumento— se interrogaron sobre todo acerca de la verosimilitud de mi narración.

Tema de clase cuenta la historia de un escolar que intuye, a partir de varios indicios, cómo en la escuela le asignan una tarea que podría llevarlo a traicionar la actividad política desarrollada por sus padres contra una dictadura brutal, que había limitado dramáticamente la posibilidad de la libre expresión de la sociedad.

Inmediatamente después del golpe militar en Chile en 1973, se intentó imponer una severa reorganización de la realidad, instaurando una permanente represión de las ideas democráticas, con una cadena de muertos y desaparecidos. Aun varios años después de la fase más dura de esa represión, la prensa internacional continúa hablando de la suerte de las víctimas y de la culpabilidad de los represores en Chile, muchos de los cuales están ahora bajo proceso.

Cuando escribí la primera versión de *Tema de clase*, a fines de los años setenta, me impulsaba una doble emoción: primero, la angustia de saber que la represión llegaba hasta la escuela primaria chilena a través de una estrategia sistemática de encuadramiento de los alumnos en la lógica de un pensamiento autoritario que, en primer lugar,

incitaba a delatar a quienes se apartaban del modelo impuesto. En segundo término, existía la confianza —basada en el íntimo conocimiento de los chilenos y de su carácter profundamente democrático— en el hecho de que la intuición de adultos y niños conduciría a mis compatriotas a individualizar peligros y trampas, a encontrar pasajes, senderos y quizá también amplias calles que un día u otro los conducirían hacia la libertad.

En mi cuento, al pequeño Pedro,

de ocho años, le piden que participe en un concurso literario que tiene como tema lo que ocurre de noche en su casa. Los represores sospechan que en muchas casas la gente escucha una radio clandestina, que provee informaciones verdaderas sobre la represión militar y sus fanáticos adeptos y, además, da noticias sobre la actividad emprendida en Chile y en el mundo para mantener viva y vital la resistencia a la dictadura.

Mediante ese tema, los represores

quieren saber dónde se encuentran los disidentes.

Casi todos nosotros, los latinoamericanos, estamos habituados a participar en la vida política de nuestras naciones. Somos países jóvenes, las posibilidades de definir la identidad de nuestras tierras son todavía muchas y las discusiones acerca del camino que nuestra sociedad debería tomar son ricas, variadas y estimulantes. Hay momentos difíciles, en los que las ideas dividen la sociedad y dan ori-

gen a menudo a enfrentamientos trágicos. Nosotros, que participamos en la vida política, sabemos que con nuestras acciones y opiniones nos exponemos; y sabemos que, aunque a veces las consecuencias pueden ser duras, esas son las reglas del juego.

Pero lo que me pareció obscuro, indecente, patológico, grosero, fue el intento de la dictadura militar instaurada en Chile en 1973 de arrastrar al conflicto de la sociedad a niños inocentes, tratando de ma-

nipular sus frescas, ingenuas conciencias. Temas como los que pidieron en la escuela del niño Pedro Malbrán, héroe de mi relato, hubo millares. Y los chicos de entonces, hoy adultos, los recuerdan. Como sus padres que, indignados, lograron apoderarse de reglamentos, circulares y otros documentos de orden escolar emanados de los militares, y los hicieron conocer a la opinión pública para que se formase una idea de las dimensiones del drama.

Me gustaría que *Tema de clase* fuese leído como una fantasía, la alegre ficción de un poeta que inventa una historia donde la inteligencia triunfa sobre la estupidez, aun si el poeta sabe que en la realidad la estupidez ha triunfado a menudo sobre la inteligencia. Invito a los lectores a sumergirse en los documentos alegados, emanados de las autoridades militares de la época, todos rigurosamente auténticos, para que entiendan cómo es el laboratorio de un escritor que trabaja en los ásperos confines de una realidad opresiva por la violencia y el drama.

Escribí *Tema de clase* en caliente, cuando las prácticas antidemocráticas estaban en su apogeo. Fue publicado por primera vez en una edición dominical de *Le Monde*, a la que siguieron muchas otras ediciones en distintas lenguas. La idea de hacer de esta historia un libro para niños fue de la editora venezolana Ekaré y de su colaboradora Verónica Uribe. El hecho de que muchas otras casas de edición, de diversos países y lenguas, estén publicando ahora esta obra suscita en mí cierta preocupación por la actualidad que mi narración sigue teniendo en muchas partes del mundo.

Por otra parte, suscita interés también en algunas naciones europeas, aquellas que desean mantener vivo el recuerdo de sus dramas pasados, que recuerdan cómo, superando esos momentos, lograron encontrar la libertad de la que hoy gozan. Los padres y los docentes saben que la libertad no es un bien con el que se nace, sino un valor que otros han sabido conquistar para nosotros con inteligencia y coraje.



Composición, de José Gurvich